TERENCIO

FORMIÓN

Terencio



FORMIÓN

Terencio

Formión

Traducción de Pedro Simón Abril



Terencio

Publio Terencio, dramaturgo de comedias, es considerado, junto a Plauto, como uno de los principales representantes de la comedia latina. Según Seutonio, historiador y biógrafo romano, Terencio nació en Cartago, alrededor de 190 a. C.

Actualmente, se preservan seis de sus obras teatrales: *La Andriana* (166 a. C.), *El atormentador de sí mismo* (163 a. C.), *La Suegra* (165 a. C.), *Formión* (161 a. C.), *El Eunuco* (161 a. C.) y *Los Hermanos* (160 a. C.). Basados en textos griegos y representados entre los años 166 y 160 a. C. Su carrera fue muy breve, con algunos fracasos y críticas. Sus prólogos, a diferencia de Plauto, no describen el contenido de la trama, muy por el contrario, en ellas expresa su interés personal y la autodefensa de sus creaciones, ante el cuestionamiento de su originalidad. *La suegra,* es una de sus obras menos valoradas por el público, pero es en la tercera representación, realizada en los juegos romanos, que recibe el favorecimiento de los espectadores.

En el año 159, posiblemente viaja a Grecia, siendo Arcadia el lugar de su muerte.

Formión
Terencio

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



FORMIÓN

PERSONAJES

Formión, parásito.

Demifón, viejo, hermano de Cremes.

Cremes, viejo, hermano de Demifón.

Antifón, mozo, hijo de Demifón.

Fedro, mozo, hijo de Cremes.

Geta, esclavo de Demifón.

Davo, esclavo.

Dorión, mercader de esclavos.

Sofrona, nodriza de Fania.

Nausistrata, mujer de Cremes.

Cratino, valedor de Demifón.

Hegión, valedor de Demifón.

Critón, valedor de Demifón.

PERSONAJES QUE NO HABLAN

Fania, hija de Cremes.

Dorción, esclava, y mujer, según parece, de Geta.

Estilfón, nombre supuesto de Cremes.

PRÓLOGO

Después que el poeta viejo[1] ha visto que no puede apartar del teatro a nuestro autor, y condenarle a estar ocioso, procura quitarle con palabras injuriosas la gana de escribir, y anda por ahí diciendo que las comedias que hasta aquí ha compuesto son de bajo estilo y de argumentos ligeros, porque nunca ha representado como un mozo loco ve ir huyendo una cierva y los perros en su seguimiento, y como llora la cierva y le ruega que la ampare. Y si él hubiese considerado que, cuando esta comedia se estrenó, gustó más por la buena acción del representante que por la habilidad del autor, no tendría tantos bríos para ofender como ahora tiene. Y si ahora hay alguno que diga o piense que si el poeta viejo no le picara primero, el nuevo no hubiese podido escribir ningún prólogo por no tener de quien decir mal, ese tal tuvo por respuesta que la victoria brinda a todos los poetas con sus premios. Él ha procurado hacer morir de hambre a nuestro poeta, apartándole de este ejercicio; este otro ha procurado responderle, no herirle. Hablará

1 Lucio Lavinio.

él bien, y le responderá bien. Haga cuenta que como botó, así le restaron. Pero quiero ya dejar de tratar de él, pues él no se deja de ofenderse a sí mismo.

Óiganme pues, ahora lo que les vengo a decir. Les traigo una comedia nueva que llaman en griego el *Epidicazómenos*[2], como si dijéramos, el *Juzgado*. En latín le llaman *Formión*, porque el que en ella hace las primeras partes es el *parásito Formión*, el cual representa lo principal de la acción. Si otorgaran ustedes su favor al poeta, hacer la merced de asistir con buena voluntad y de guardar silencio, porque no tengamos la misma desgracia que nos acaeció cuando nuestra compañía fue con grande alboroto echada de la escena. A la cual volvimos gracias al talento de nuestro primer actor, auxiliado por nuestra bondad y benignidad.

---

2 Original de Apolodoro.

ACTO I

ESCENA I

DAVO

DAVO.—*(Solo)* Mi gran amigo y compañero Geta tenía en mi poder tiempo ha un poquillo de dinero, resto de una antigua cuentecilla que yo le debía, y vino ayer a mí para que se lo tuviese pronto. Se lo he preparado, y vengo a traérselo. Porque entiendo que un hijo de su amo se ha casado, y creo que este dinero se junta para hacerle algún presente a la mujer. ¡Qué mal ordenado esta esto; que los que menos pueden hayan de hacer presentes a los que son ricos! Lo que el cuitado ha ido entrando con dificultad de ochavo en ochavo, de su ración, defraudando a su vientre, todo lo barrerá ahora ella, y no considerará con cuánto trabajo el pobre Geta lo ha adquirido. Y Geta habrá de aparejar otro presente para cuando para su señora, y otro para cuando se celebre el día del nacimiento del niño, y para cuando le consagren otro. Todo esto se lo rapará la madre, y el muchacho será la causa de habérselo dado. —Pero ¿Es Geta este que veo?

ESCENA II

GETA, DAVO

GETA.—*(Hablando a uno de la casa)* Si me viniere a buscar un hombre rubio...

DAVO.—Aquí esta; no pases más adelante.

GETA.—¡Oh! Pues a ti te iba a buscar, Davo.

DAVO.—Toma ¡Cata ahí! Ya viene contado. La suma cuadra con lo que te debía.

GETA.—Mucho te quiero, gracias por la diligencia.

DAVO.—Especialmente según hoy día se usa; que hemos venido a tiempo, que si uno paga lo que debe, le es muy agradecido. Pero ¿de qué estás triste?

GETA.—¿Yo? No sabes tú bien con que temor y en que peligro estoy.

DAVO.—¿Y qué es el caso?

GETA.—Yo te lo diré, con tal que me tengas el secreto.

DAVO.—¡Taday, necio! ¿Habiendo hecho experiencia de mi fe en el dinero, temes fiar de mí las palabras? En las cuales, ¿qué provecho sacaré yo de engañarte?

GETA.—Óyeme, pues.

DAVO.—Eso yo te lo ofrezco.

GETA.—¿Conoces por ventura, Davo, a Cremes, el hermano mayor de nuestro viejo?

DAVO.—Mucho.

GETA.—¿Y a su hijo Fedro?

DAVO.—Como a ti.

GETA.—Se les ofreció a un tiempo a los dos viejos un viaje, a Cremes para Lemnos, y a nuestro Demifón hasta Cilicia, a casa de un huésped suyo muy antiguo, el cual había inducido al viejo por cartas, prometiéndole casi montes de oro.

DAVO.—¿Teniendo él tanta hacienda y tan sobrada?

GETA.—No hay que tratar de eso, que ya es esa su condición.

DAVO.—¡Oh, rico había yo de ser!

GETA.—Los viejos, al partir, me dejaron como guarda de sus hijos.

DAVO.—¡Oh Geta! Más fácil te fuera gobernar una provincia.

GETA.—Por la experiencia lo sé. Y que mi dios estaba airado contra mí. Al principio quise irles a la mano. ¿Qué es menester razones? Por querer ser fiel al viejo, no me quedó costilla sana.

DAVO.—Ya yo lo pensaba eso, porque grande tontería

es tirar coces contra el aguijón.

GETA.—Y así comencé a hacer por ellos todo lo que querían.

DAVO.—Hiciste cuerdamente.

GETA.—El nuestro al principio no hacía mal ninguno. Pero Fedro luego se halló una mozuela, tañedora de cítara, y comenzó a aficionarse mucho. Esta estaba en poder de un rufián muy gran bellaco; y los viejos no me habían dejado orden para que les diese un real. De manera, que no tenía otro entretenimiento sino el apacentar los ojos, acompañarla, llevarla a la escuela y traerla. Nosotros, bien desocupados, ayudábamos en lo que podíamos a Fedro. En frente de la escuela donde la moza aprendía, había una tienda de un barbero: allí la solíamos aguardar de ordinario, cuando volvía a casa. Un día, estando allí sentados, he aquí que entra un muchacho llorando. Nosotros, maravillados, le preguntamos que tenía: «Nunca, dice, en mi vida me ha parecido la pobreza cosa tan miserable y fuerte como ahora. Acabo de ver aquí en el barrio una cuitada doncella que esta llorando a su madre, que se le ha muerto. Y ella estaba allí delante del cuerpo, sin tener conocido ninguno ni pariente que le ayudase en el enterramiento, fuera de una vejezuela. Me movió a compasión. Y la moza parece una diosa en el rostro. ¿Qué es menester palabras? A todos nos hizo lástima». Dice entonces Antifón: «¿Quieres que vayamos a verla?» Dice el otro: «¡Sí, vamos; encamínanos allá, por tu vida!» Partimos, llegamos, la vimos. ¡Una doncella

hermosa! Y para mayor testimonio no tenía en su persona aderezo ninguno que le acrecentase la hermosura. El cabello tendido, los pies descalzos, ella maltrecha del dolor, llorosa y mal vestida; de suerte que si de suyo no fuera muy hermosa, todo esto le estragara la hermosura. Fedro, que estaba enamorado de la tañedora, no dijo más de «no es fea la mujer»; pero Antifón...

DAVO.—Ya, ya; se encariñó.

GETA.—¿Sabes qué tanto? Mira en qué vino a parar. El día siguiente se fue derecho a la vieja, y le rogó que se la deje gozar. Ella le responde que no había lugar y que no era justo que él tal intentase, porque la doncella era ciudadana de Atenas, honrada; hija de buenos padres; que si él holgaba de casarse con ella, lo podía hacer legítimamente, pero que de otra manera no había lugar. Nuestro mancebo no sabía que hacerse. Por una parte deseaba casarse con ella; por otra temía la vuelta de su padre.

DAVO.—Y el padre, cuando volviera, ¿no le diera licencia...?

GETA.—¿Él le había de aprobar por mujer una moza sin dote y sin prosapia? Nunca él tal hiciera.

DAVO.—¿Y, pues, en qué paró el negocio?

GETA.—¿En qué? Hay aquí un truhán que se llama Formión, hombre atrevido que los dioses confundan.

DAVO.—¿Qué hizo este?

GETA.—Le dio este consejo que te diré: «Hay una ley que manda que las huérfanas se casen con los parientes más cercanos, y esta misma ley les manda a ellos que las tomen por mujeres. Yo diré que tú eres su pariente y te haré sobre ello proceso. Fingiré ser amigo del padre de la moza; iremos a juicio: quién fue su padre y quién su madre, y por que vía es tu parienta; yo me lo urdiré todo como mejor me pareciere, y no contradiciéndome tú nada, tendré sentencia en favor. Vendrá tu padre, me armará procesos. ¿Y a mí qué...? Con todo eso, ella quedará por nuestra».

DAVO.—¡Donoso atrevimiento!

GETA.—Lo persuadió e hizo así, fuimos a juicio, nos condenaron, se casó.

DAVO.—¿Qué me dices?

GETA.—Esto que oyes.

DAVO.—¡Oh, pobre Geta! ¿Y qué ha de ser de ti?

GETA.—No sé en verdad. Esto solo sé: que lo que la fortuna nos diere lo tomaremos con paciencia.

DAVO.—Bien me parece. ¡Ah! Eso es de hombre de valor.

GETA.—Toda mi esperanza cuelga de mí.

DAVO.—¡Muy bien!

GETA.—Sino que eche algún rogador que interceda por mí diciendo: «Perdónale por esta vez; que si más de aquí adelante te ofendiese, no te rogaré más por él». Y menos mal, si no añada tras de esto: «Cuando yo me haya ido de aquí, mátale, si quieres».

DAVO.—Y al otro ayo que ha la tañedora, ¿cómo le va?

GETA.—Así, medianamente.

DAVO.—No debe de tener mucho que darle.

GETA.—Ni aun nada, sino esperanzas vanas.

DAVO.—¿Su padre ha vuelto ya, o no?

GETA.—Aún no.

DAVO.—Y a nuestro viejo, ¿para cuándo le aguardas?

GETA.—No tengo nueva cierta; aunque ahora me han dicho que ha venido una carta suya, y que esta en poder de los diezmeros. Voy a pedirla.

DAVO.—Y pues, Geta, ¿mandas otra cosa?

GETA.—¡Que te vaya bien! *(Llamando a un siervo de la casa)* ¡Hola, mozo! ¿No sale aquí ninguno? *(A un siervo)* Toma, da esto a Dorcia.

(Se van)

ESCENA III

ANTIFÓN, FEDRO

ANTIFÓN.—¡Qué! ¿Es posible, Fedro, que haya yo venido a tanto mal, que a mi padre, que no se desvela en otra cosa sino en mirar por mí, le haya de temer cuando de su venida me acuerdo? Porque si yo hubiese sido discreto, aguardara su venida como fuera razón.

FEDRO.—¿Por qué dices eso?

ANTIFÓN.—¿Por qué lo digo, me preguntas, siendo mi cómplice en un hecho de tanto atrevimiento? ¡Pluguiera a los dioses que nunca Formión diera en la cuenta de aconsejarme esto, ni me empujara, aprovechando mi pasión, a una cosa como esta, que es el principio de mi mal! No hubiera yo gozado de ella; me dio esto pena por algunos días, pero no me trajera atormentada el alma este cuidado a la continua...

FEDRO.—¡Bah!

ANTIFÓN.—...mirando cuán presto ha de venir quien me prive de esta mujer.

FEDRO.—Otros se afligen porque no alcanzan lo que aman, y tú estás congojado porque lo tienes. El amor, Antifón, te colma tus deseos. Porque realmente que esta tu vida, es vida de apetecer y de envidiar; así los dioses me amen, como a trueque de gozar yo otro tanto de quien bien quiero, tomaría por partido la muerte. Considera tú lo demás; qué es lo que yo saco de esta privación, y qué lo que tú de esa abundancia. Dejo aparte el haber tú alcanzado, sin gasto ninguno, una mujer libre, ahidalgada, y el tener, como tú lo deseabas, una mujer muy bien reputada: realmente eres dichoso, si no te falta una cosa, que es entendimiento, que sepa llevar esto con buen modo. ¿Qué harías tú, si las hubieses con un rufián como aquel con quien yo las he? Allí lo verías. Casi todos somos de esta condición: siempre lo nuestro nos parece lo peor.

ANTIFÓN.—Mas tú, por el contrario, Fedro, me pareces muy dichoso, pues tienes aún entera libertad, para determinar lo que más quieras: tenerla, quererla o despedirla. Pero yo cuitado he venido a tal punto,

que ni hallo manera para despedirla, ni menos para conservarla.—Pero, ¿qué es esto? ¿Es Geta este que veo venir para acá? El mismo es. ¡Triste de mí, que temo las nuevas que este me traerá!

ESCENA IV

GETA, ANTIFÓN, FEDRO

GETA.—*(Sin ver a los otros)* Perdido eres, Geta, si no te apercibes presto de algún buen consejo, según te pillan ahora descuidado unos tan grandes males. Ni sé cómo me libre, ni cómo salga de ellos. Porque nuestro atrevimiento no puede ya encubrirse mucho tiempo, y si todo esto no se mira bien, dará al través conmigo o con mi amo.

ANTIFÓN.—*(A FEDRO)* ¿De qué viene aquel tan alterado?

GETA.—Además, solo tengo un punto de tiempo para arreglar el negocio. Mi amo ha vuelto ya.

ANTIFÓN.—*(AFEDRO)* ¿Qué desventura es esa?

GETA.—Y cuando él venga a saberlo, ¿qué remedio tendré para mitigarle su cólera? Si le hablo, más le encenderé. Si callo, más le embraveceré. Si me disculpo,

no haré nada. ¡Ay, triste! ¡Por mí tiemblo y por Antifón se me desgarra el alma! Él me da lástima, de él tengo yo ahora congoja, él es el que me detiene ahora. Porque, si no fuera por él, yo me pusiera fácilmente en cobro, y le diera su pago a la cólera del viejo. Yo apañara uno u otro, y tomara las de Villadiego.

ANTIFÓN.—*(A FEDRO)* ¿Qué huida o hurto prepara este?

GETA.—Pero, ¿dónde hallaría yo a Antifón?, ¿o por dónde echaría a buscarle?

FEDRO.—A ti te nombra.

ANTIFÓN.—Alguna mala nueva me debe este de traer.

FEDRO.—¡Bah! ¿Estás en tu seso?

GETA.—Voy a casa, que allí esta de ordinario.

FEDRO.—Llamemos al hombre.

ANTIFÓN.—¡Alto ahí!

GETA.—(*Sin verle*) ¡Eh! Con harto señorío me llamas, quien quiera que tú seas.

ANTIFÓN.—¡Geta!

GETA.—(*Viéndolo*) El mismo que iba a buscar es.

ANTIFÓN.—Dime, por tu vida, que nuevas me traes. Y dímelo, si puedes, en una palabra.

GETA.—Si haré.

ANTIFÓN.—Habla.

GETA.—Ahora mismo, en el puerto...

ANTIFÓN.—A mi pa...

GETA.—Entendiste.

ANTIFÓN.—¡Muerto soy!

FEDRO.—¡Ah!...

ANTIFÓN.—¿Qué haré?

FEDRO.—*(A GETA)* ¿Qué es lo que dices?

GETA.—Que he visto al padre de este y tío tuyo.

ANTIFÓN.—¡Oh, pobre de mí, y que remedio hallaría yo ahora para este mal tan repentino! Porque si tan grande es mi desventura, Fania mía, que me han de apartar de ti, ¿para qué quiero la vida?

GETA.—Y pues eso así es, Antifón, tanto con mayor diligencia conviene que te mires en ello. Que a los valientes favorece la fortuna.

ANTIFÓN.—No estoy en mí.

GETA.—Pues ahora, más que nunca, es menester que lo estés, Antifón. Porque, si tu padre te siente temeroso, tendrá por cierto que eres culpable.

FEDRO.—Eso es verdad.

ANTIFÓN.—No puedo dominarme.

GETA.—¿Qué sería, si hubieras de hacer ahora otra cosa más difícil?

ANTIFÓN.—Pues esta no puedo, menos pudiera aquella.

GETA.—Todo esto es palique, Fedro. Vámonos, que no hay para que detenernos más aquí ¿Qué, es menester aquí gastar el tiempo en balde? Yo me voy.

FEDRO.—Y yo también.

ANTIFÓN.—*(Afectando el aspecto de un hombre tranquilo)* Escucha. ¿Y si me presento así, será bastante...?

GETA.—¡Coplas!

ANTIFÓN.—Mírame al rostro: ¡Ea! ¿Estará bien así?

GETA.—No.

ANTIFÓN.—¿Y así?

GETA.—Casi, casi.

ANTIFÓN.—¿Y así?

GETA.—Así esta bien. ¡Ea! Conserva ese semblante y procura tenerlas tiesas y volverle razón por razón; de

manera que no te confunda con sus furiosas palabras, por más airado que venga.

ANTIFÓN.—Ya.

GETA.—...Que te hicieron fuerza contra tu voluntad..., que la ley..., que la sentencia del juez..., ¿estás?—Pero ¿qué viejo es ese que veo al cabo de la plaza?

ANTIFÓN.—*(Viendo a su padre)* ¡El mismo es! No tengo ánimo para mirarle cara a cara.

GETA.—¡Ah! ¿qué haces? ¿Dónde vas, Antifón? Aguarda, aguarda digo.

ANTIFÓN.—Yo me conozco a mí, y conozco mi yerro. A ustedes les dejo encomendada a Fania y mi vida. *(Se va huyendo)*

FEDRO.—¿Qué va a pasar aquí, Geta?

GETA.—Que tú tendrás riñas, y yo, si no me engaño, he de pagarlas colgado. Pero, *cumple* que nosotros hagamos lo mismo que a Antifón poco le aconsejábamos.

FEDRO.—No me digas *cumple*, sino mándame lo que tengo de hacer.

GETA.—¿No te acuerdas de la plática que tuviste días pasados, al emprender el caso, para hacernos librar de culpa? ¿Que aquella causa era justa, fácil, de buen defender y muy buena?

FEDRO.—Ya me acuerdo.

GETA.—Pues de aquella misma tenemos ahora necesidad, o de otra mejor y más sagaz, si posible fuere.

FEDRO.—Yo lo procuraré con diligencia.

GETA.—Pues empréndelo tú el primero ahora, que yo estaré aquí de reserva y como emboscado, para si te fuere mal.

FEDRO.—En buen hora.

ACTO II

ESCENA I

DEMIFÓN, GETA, FEDRO

DEMIFÓN.—*(Sin ver a GETA, ni a FEDRO, hasta que lo indica el diálogo)* ¡Qué es posible que Antifón se me haya casado sin mi licencia! ¡Y que no haya tenido siquiera respeto a mi autoridad! ¡Y no digo a mi autoridad, a lo menos a no darme enojo! ¡Ni pizca de pudor! ¡Oh audacia! ¡Oh Geta, pícaro consejero!

GETA.—*(Aparte)* Ya pareció Geta.

DEMIFÓN.—¿Qué me dirán?, ¿o que excusa hallarán? ¡Maravillado estoy!

GETA.—*(Aparte)* Pues ya la tengo hallada; pierde cuidado.

DEMIFÓN.—¿Me dirán, por ventura, «contra mi voluntad lo hice, la ley me obligó»? Esta bien; yo lo confieso.

GETA.—*(Aparte)* Bueno va.

DEMIFÓN.—¡Pero a sabiendas, y sin réplica entregar la causa a los contrarios!.... ¿También a esto le obligó la ley?

GETA.—*(Bajo a FEDRO)* Aquel punto es duro de pelar.

FEDRO.—*(Bajo a GETA)* Déjame a mí, que yo lo allanaré.

DEMIFÓN.—Perplejo estoy sin saber que hacer. Como el caso me ha sucedido sin poderlo pensar, ni creer, estoy tan alterado, que no puedo aplicar mi ánima a considerar cosa ninguna. Y por tanto todos los hombres, cuando en mayor prosperidad están, entonces habían de considerar entre sí como se han de regir en las adversidades. Cuando uno viene de lejanas tierras, siempre ha de pensar en los peligros, daños y destierros, o en el delito del hijo, o en la muerte de la mujer, o en la enfermedad de la hija, y como todo esto es común y posible, porque al ánimo ninguna cosa le parezca novedad. Y todo lo que fuera de este temor le sucediera, haga cuenta que se lo va ganando.

GETA.—*(Bajo a FEDRO)* ¡Oh, Fedro, es increíble cuánta ventaja le hago a mi amo en el saber! ¡Ya yo

tengo tragados todos los males que han de sucederme, si mi amo regresara: moler en una tahona, recibir azotes, arrastrar el grillete, trabajar en la granja! De todo esto, nada será ya nuevo para mí. Todo lo que fuera de mi esperanza me sucederá, haré cuenta que me lo hallo. Pero, ¿qué haces, que no vas a él, procurando hablarle al principio mansamente?

DEMIFÓN.—A mi sobrino Fedro veo que me viene a hablar.

FEDRO.—¡Salud, querido tío!

DEMIFÓN.—Estés enhorabuena. Pero ¿qué es de Antifón?

FEDRO.—Me alivio de verte venir bueno.

DEMIFÓN.—Lo creo; pero respóndeme a lo que te digo.

FEDRO.—Salud tiene, y aquí esta. ¡Y qué! ¿Marchan las cosas a tu gusto?

DEMIFÓN.—¡Ojalá!

FEDRO.—*(Como sorprendido)* Pues ¿qué es ello?

DEMIFÓN.—¿Y lo preguntas, Fedro? ¡Gentil casamiento haz aquí hecho en mi ausencia!

FEDRO.—¡Cómo! ¿Y de eso le culpas tú a él ahora?

GETA.—*(Aparte)* ¡Oh, qué discreto abogado!

DEMIFÓN.—¿Pues no le he de culpar? Aquí delante, en mi presencia, quisiera yo tenerle ahora, para mostrarle, como ya por su culpa, aquel su padre tan benigno, se le ha vuelto terrible.

FEDRO.—Pues no ha hecho él nada, tío, porque le hayas de acusar.

DEMIFÓN.—¡Míralos! Todos son lo mismo, todos hermanos; si conoces a uno, los conocerás a todos.

FEDRO.—No tanto como eso.

DEMIFÓN.—Esta este culpado, aquel viene a defender la causa, y cuando lo esta aquel, este acude presto: hacen a torna peón.

GETA.—*(Aparte)* ¡Qué bien que ha pintado el viejo las costumbres de estos sin querer!

DEMIFÓN.—Porque si así no fuese, Fedro, no le defenderías tú.

FEDRO.—Sí, es verdad, tío, que Antifón ha cometido algún delito contra sí, por donde él se haya perjudicado o en su hacienda, o en su honra, yo no le quiero defender, sino que lleve el castigo que merece. Pero, si acaso alguno, vencido de malicia, ha echado un lazo a nuestros pocos actos y en él nos ha cogido, ¿será nuestra la culpa, o de los jueces? ¿Los cuales muchas veces le quitan al rico por envidia, y favorecen al pobre por misericordia?

GETA.—*(Aparte)* Si yo no supiera la verdad, aun creyera que este la decía.

DEMIFÓN.—¿Cómo puede haber juez que conozca tu derecho, no respondiendo tú palabra ninguna en tu descargo, como él lo hizo?

FEDRO.—Lo hizo él como mancebo ahidalgado. En cuanto se vio delante de los jueces, no acertó a decir palabra de lo que llevaba pensado, según que le entontecieron a una el temor y la vergüenza.

GETA.—*(Aparte)* ¡Pardiez que lo hace bien! Pero, ¿qué me estoy sin ir de presto al viejo? *(Saliendo)* Señor, seas bien venido: Me alivio de verte llegar bueno.

DEMIFÓN.—¡Oh mi fiel guardián, estes enhorabuena! Pilar eres realmente de mi casa, a quien, cuando de aquí me partí, dejé mi hijo encomendado.

GETA.—Rato ha que te estoy escuchando como nos culpas a todos sin razón, y a mí, con menos que a todos los demás. Porque, dime: ¿qué querías tú que yo hiciese en esto? Las leyes no permiten que el que es siervo defienda ningún pleito, ni menos le admiten por testigo.

DEMIFÓN.—Dejemos eso. Di que el mozo, a fuer de indiscreto, se turbó; enhorabuena. Y que tú eras siervo. Pero por más pariente que ella sea, no estaba él obligado a tomarla por mujer, sino le diera su dote, como la ley manda, y se buscara ella otro marido. ¿Por qué razón había él de querer más traer a casa una mujer pobre?

GETA.—No nos faltó consejo, sino el vencejo.

DEMIFÓN.—Tomó el dinero de doquiera.

GETA.—¡De doquiera! No hay más que llegar y tomarlo.

DEMIFÓN.—Finalmente, si de otra manera no podía, lo tomaría prestado.

GETA.—¡Uy, qué bien lo has dicho! ¡Como si hubiera nadie que fíe a tu hijo, viviendo tú!

DEMIFÓN.—¡No, esto no ha de pasar así, imposible! ¿Yo he de permitir que ella este casada con él? Ni un solo día. No hay cosa en ello que me de gusto. Yo quiero que me muestres ese hombre o me digas dónde vive.

GETA.—¿Quién? ¿Formión?

DEMIFÓN.—Ese que es el defensor de la mujer.

GETA.—Yo haré que venga presto aquí.

DEMIFÓN.—¿Dónde anda ahora Antifón?

FEDRO.—Esta fuera.

DEMIFÓN.—Ve, pues, Fedro, y búscale, y tráemelo.

FEDRO.—Voy sin torcer camino...

GETA.—*(Aparte y terminando la frase)* A ver a Pánfila.

DEMIFÓN.—Yo me llego a casa a dar gracias a mis dioses Penates: y desde allí saldré a la plaza y buscaré algunos amigos que me sean en este negocio valedores, para que no me halle desapercibido, si viniere Formión.

ESCENA II

FORMIÓN, GETA

FORMIÓN.—¿Conque Antifón, temiendo la presencia de su padre, se fue huyendo de aquí?

GETA.—Sí a fe.

FORMIÓN.—¿Y a Fania la dejó sola?

GETA.—Sí.

FORMIÓN.—¿Y el viejo esta muy airado?

GETA.—Mucho.

FORMIÓN.—*(Así mismo)* Sobre ti solo carga todo el caso, Formión; tú has majado toda esta salsa; tú te la has de comer toda. Aparéjate.

GETA.—Yo te suplico...

FORMIÓN.—*(Sin escucharle y meditando un plan de defensa contra DEMIFÓN)* Si él me preguntare…

GETA.—En ti esta nuestra esperanza.

FORMIÓN.—*(Como si hubiese dado con el plan)* ¡Esta es la cosa! Pero si él responde...

GETA.—Tú nos empujaste.

FORMIÓN.—*(Sigue deliberando)* Así creo que...

GETA.—Socórrenos.

FORMIÓN.—*(A GETA)* ¡Dame acá el viejo! Que ya tengo trazado en mi pensamiento todo mi plan.

GETA.—¿Qué piensas hacer?

FORMIÓN.—¿Qué quieres que haga, sino que Fania quede en casa y Antifón libre de esta culpa, y que toda la saña del viejo se vuelva contra mí?

GETA.—¡Oh, qué hombre tan valeroso eres, y qué buen amigo! Pero, hermano Formión, lo que yo temo es que esa valentía venga al cabo a parar a la cárcel.

FORMIÓN.—¡Bah! Te engañas: ya yo en eso tengo experiencia: ya sé donde pongo el pie. ¿A cuántos piensas

tú que habré sacudido yo, hasta traerlos a la muerte, así forasteros como ciudadanos? Cuanto más lo gusto, tanto más me arrimo a ello. ¿Has oído, dime, que jamás hombre del mundo me haya hecho proceso de agravios?

GETA.—¿Y cómo es eso?

FORMIÓN.—Porque al gavilán ni al milano nadie les para lazos, aunque nos hacen mal, y párenlos a otros animales, que ningún real nos hacen. Y es que en estos hay algún provecho, mas en aquellos se pierde el tiempo. Otros que tienen que perder están sujetos a peligros; pero de mí ya saben que no tengo nada. Me dirás que por una condena me llevarán a su casa. No están ellos por cebar a un comilón. Y son cuerdos a mi parecer en no querer hacer una obra muy buena en pago de una mala.

GETA.—Jamás podrá Antifón pagarte como tú lo mereces.

FORMIÓN.—Antes bien, nadie puede pagar al hombre rico como él se merece. ¿Piensas tú que nada vale el sentarte a comer sin escote, bien ungido y bien lavado, tranquilo, mientras el otro se consume con el cuidado y el gasto, por tener con que darte gusto? Para él

son las riñas, para ti los placeres; tú bebes el primero y el primero te sientas a la mesa; ¿te pones una cena *dudosa*?

GETA.—¿Qué quiere decir ese término?

FORMIÓN.—Cena en que estas dudando de que plato echarás primero mano. Si tú echas bien cuenta de lo gustosas y caras que son estas cosas, ¿no tendrás realmente al que te las da por un dios muy favorable?

GETA.—El viejo viene; mira lo que haces. Su primer encuentro es terrible. Si en él no desmayas, después podrás burlarte de él a tu sabor.

ESCENA III

DEMIFÓN *acompañado de sus amigos* HEGIÓN, CRATINO Y CRITÓN; GETA, FORMIÓN

DEMIFÓN.—*(A sus amigos)* ¡Oh! ¿Habrán oído jamás que se le haya hecho a nadie un tan afrentoso agravio, como este que a mí se me ha hecho? Defiéndanme; yo les ruego.

GETA.—*(Bajo a FORMIÓN)* Furioso viene.

FORMIÓN.—*(Bajo a GETA)* ¡Chito! Que yo le haré sudar. *(Alto)* ¡Oh dioses inmortales! ¿Y Demifón dice que Fania no es su parienta? ¿Qué esta no es parienta suya, dice Demifón?

GETA.—*(Fingiendo que no ha visto a su amo)* Lo dice.

FORMIÓN.—¿Y que no sabe quién fue su padre?

GETA.—Así lo dice.

DEMIFÓN.—*(Bajo a sus amigos)* Este debe de ser aquel de quien les hablaba. Síganme.

FORMIÓN.—¿Y que no sabe quién fue Estilfón?

GETA.—Eso dice.

FORMIÓN.—Por haber quedado pobre la cuitada, se ignoró quién fue su padre, y nadie la estima. ¡Mira lo que hace la avaricia!

GETA.—*(Fingiendo estar enojado)* Como llames avaro a mi señor, vas a oír cuatro frescas.

DEMIFÓN.—*(A sus amigos)* ¡Qué atrevimiento! Aun a mí viene a acusarme.

FORMIÓN.—Porque el mancebo no tengo para que culparle de que no conociera al padre de la moza, pues era hombre anciano, pobre, y que vivía de su trabajo; y así de ordinario estaba en el campo, donde tenía arrendada una heredad de mi padre. Muchas veces me decía el buen viejo el poco caso que hacía de él este su pariente. ¡Y qué hombre! El mejor que he visto en toda mi vida.

GETA.—Así te veas a ti y a él como tú le pintas.

FORMIÓN.—¡Vete a la horca! Porque si en tal

reputación no le tuviera, nunca tomara yo tanta enemiga contra tu casa por amor de esta pobre Fania, a quien tu amo ahora tan villanamente desprecia.

GETA.—¿Aún prosigues a decir mal de mi amo en su ausencia, ladrón?

FORMIÓN.—¡Porque lo merece!

GETA.—¿Qué dices, encarcelado?

DEMIFÓN.—Geta.

GETA.—Verdugo de buenos, destripa-leyes.

DEMIFÓN.—*(Llamando)* ¡Geta!

FORMIÓN.—*(Bajo a GETA)* Respóndele.

GETA.—¿Quién es? ¡Ah!...

DEMIFÓN.—Calla.

GETA.—En tu ausencia no ha dejado de decirte hoy palabras injuriosas, indignas de tu valor y dignas del suyo.

DEMIFÓN.—*(A GETA)* ¡Ea! Calla ya. *(A FORMIÓN)* Mancebo, cuanto a lo primero, con tu licencia te pido que me respondas a esto, si gustas: ¿Quién dices que fue ese tu amigo? Explícate. ¿Por qué decía el que yo era su pariente?

FORMIÓN.—Así haces inquisición de ello, como si tú no lo supieses.

DEMIFÓN.—¿Yo saberlo?

FORMIÓN.—Sí.

DEMIFÓN.—Repito que no lo sé; tú que lo afirmas, házmelo recordar.

FORMIÓN.—¡Cómo! ¿Y a tu primo no conocías tú?

DEMIFÓN.—Me matas con eso; dime su nombre.

FORMIÓN.—¿Su nombre?

DEMIFÓN.—Sí, su nombre. ¿Por qué callas ahora?

FORMIÓN.—*(Aparte)* ¡Perdido soy, realmente! Me olvidé el nombre.

DEMIFÓN.—*(Irritado)* ¡Eh! ¿qué dices?

FORMIÓN.—*(Bajo a GETA)* Geta, si te acuerdas del nombre que antes te dije, apúntamelo. *(Alto)* ¡Mira, no te lo quiero decir! Como si tú no lo supieses, nos vienes aquí a tentar.

DEMIFÓN.—¿Yo vengo a tentar?

GETA.—*(Bajo a FORMIÓN)* Estilfón.

FORMIÓN.—Pero ¿qué se me da a mí? Estilfón se llamaba.

DEMIFÓN.—¿Cómo has dicho?

FORMIÓN.—Estilfón digo, ¿le conocías?

DEMIFÓN.—Ni conocí a Estilfón, ni yo he tenido pariente ninguno de ese nombre.

FORMIÓN.—¿Que no...? ¿No tienes empacho de esto? ¡Ah, si él hubiese dejado diez *talentos* de herencia...!

DEMIFÓN.—*(Bajo)* ¡Confúndete los dioses!

FORMIÓN.— ¡Tú fueras el primero que vinieras declarando nuestra genealogía de memoria, relatándola desde los abuelos y bisabuelos!

DEMIFÓN.—Así es: si yo hubiese venido a reclamar la herencia, buen cuidado tuviera en tal caso de probar el parentesco. Haz tú lo mismo. Dime como soy pariente suyo.

GETA.—¡Ah, señor, muy bien! *(A FORMIÓN* **en voz baja)** ¡Oye, tú, no te descuides!

FORMIÓN.—Ya yo mostré bien claro el hecho a los jueces, a quien tenía obligación de declararlo. Si así no era, ¿por qué tu hijo no lo refutó?

DEMIFÓN.—¿Mi hijo dices? De su simpleza no se puede hablar como él merece.

FORMIÓN.—Pues tú que tan sabio eres, acude a los jueces para que te oigan otra vez sobre este pleito: pues que tú solo eres el rey, y a ti solo se te permite aquí hacer dos veces proceso en una misma causa.

DEMIFÓN.— Aunque a mí se me ha hecho injusticia,

con todo esto, por no andar en pleitos y por no litigar contigo, como si realmente fuera parienta, toma cinco *minas*, que es el dote que la ley manda que se de, y llévatela.

FORMIÓN.—*(Riendo a carcajadas)* ¡*Ja, ja, ja*! ¡Hombre más donoso!...

DEMIFÓN.—¿Qué es eso? ¿No pido lo justo? ¿Por qué no alcanzaré yo lo que es derecho común de todos?

FORMIÓN.—¿Eso llamas derecho, por tu vida? Y después de haber tú abusado de ella, ¿manda la ley que le pagues como a una ramera, y la eches de tu casa? ¿No manda la ley que case con el pariente más cercano, porque una ciudadana no haga, constreñida de necesidad, alguna vileza en su perjuicio, sino que pase su vida con solo un varón, lo cual tú no permites?

DEMIFÓN.—Verdad es que con el más cercano; pero nosotros, ¿de dónde... o por qué...?

FORMIÓN.—¡Oh! La cosa hecha, dicen comúnmente, no la tornes a hacer.

DEMIFÓN.—¿Que no torne? Pues no he de parar hasta salirme con la mía.

FORMIÓN.—Tú chocheas.

DEMIFÓN.—Déjame hacer a mí.

FORMIÓN.—Finalmente, Demifón, aquí no las habemos contigo. Tu hijo fue el condenado, que no tú; porque tus años ya no eran para el matrimonio.

DEMIFÓN.—Haz cuenta que él dice lo mismo que yo digo, y cuando no, yo le haré botar de casa con esta su mujer.

GETA.—*(Bajo)* Colérico esta.

FORMIÓN.—No le harás tal mal como lo dices.

DEMIFÓN.—¿Tan apercibido estas a llevarme la contraria en todo, miserable?

FORMIÓN.—*(Bajo a GETA)* Temor me tiene este, aunque lo disimula mucho.

GETA.—*(Bajo a FORMIÓN)* Hasta ahora la cosa bien va para ti.

FORMIÓN.—¡Ea! Lo que por fuerza has de hacer, hazlo de grado. Harás lo que debes a quien eres, en procurar que seamos amigos

DEMIFÓN.—¿Yo he de desear tu amistad? ¿ni aun verte ni oírte?

FORMIÓN.—Si te conformas con la moza, tendrás quien de contento a tu vejez. Mira que eres ya viejo.

DEMIFÓN.—¡A ti te de contento! ¡Tenla tú para ti!

FORMIÓN.—¡Ea, pase ya el enojo!

DEMIFÓN.—¡Al caso, y basta ya de palique! Si tú no procuras llevarte esta mujer de aquí, yo la echaré de casa. ¡Lo dicho, Formión!

FORMIÓN.—Si tú la tratas de otra manera de lo que es razón tratar a una mujer libre, he de hacerte un gran proceso. ¡Lo dicho, Demifón! *(Bajo a GETA)* Oye, tú, si en algo fuere menester, en casa me...

GETA.—Entiendo.

ESCENA IV

DEMIFÓN
GETA, HEGIÓN, CRATINO, CRITÓN

DEMIFÓN.—¡En cuántos cuidados y congojas me tiene puesto mi hijo con habernos enredado a mí y a sí mismo en este casamiento! Y no quiere parecer delante de mí para que siquiera sepa yo que es lo que él piensa en este caso. *(A GETA)* Vete a casa y mira si ha vuelto o no.

GETA.—Voy.

DEMIFÓN.—*(A sus valedores)* Ya ven en que estado esta este negocio. ¿Qué les parece que haga? Di, Hegión.

HEGIÓN.—¿Yo? Hable primero Cratino, si te parece.

DEMIFÓN.—Habla, Cratino.

CRATINO.—¿Yo quieres que...?

DEMIFÓN.—Sí.

CRATINO.—Yo querría que hicieses lo que más a ti te cumpla. Pero a mí esto me parece, que lo que tu hijo en tu ausencia ha hecho, es mucha razón que se vuelva en su primer estado, y que lo alcanzarás. Ya he dicho.

DEMIFÓN. —Di tú ahora, Hegión.

HEGIÓN.—Yo creo que este *(Señalando a CRATINO)* ha dicho su opinión como hombre de conciencia. Pero ello es que cuantas cabezas, tantas sentencias; y cada uno ve las cosas a su modo. A mí no me parece, que lo que una vez por ley esta determinado, se puede deshacer: y es empresa fea.

DEMIFÓN.—Di, Critón.

CRITÓN.—Yo entiendo que el negocio requiere mayor consulta, porque es negocio grave.

HEGIÓN.—¿Mandas otra cosa?

DEMIFÓN.—*(Con ironía)* Lo mejor del mundo lo has hecho. Más perplejo me dejas que yo me estaba.

GETA.—*(Entrando)* Dicen que no ha vuelto.

DEMIFÓN.—A mi hermano he menester esperar; y el consejo que él en esto me de aquel tomaré. Pero yo voy al puerto a saber cuándo ha de venir.

GETA.—Yo iré en busca de Antifón para hacerle saber lo que aquí ha pasado. Pero, heme aquí, le veo venir a buen tiempo.

ACTO III

ESCENA I

ANTIFÓN, GETA

ANTIFÓN.—*(Sin ver a GETA)* Realmente, Antifón, que eres digno de grave reprensión con tu cobardía. ¿Así te habías de ir de aquí, y dejar a otros por tutores de tu vida? ¿Quién pensabas tú que había de mirar mejor por tus cosas, que tú mismo? Porque, como quiera que lo demás fuera, miraras, a lo menos, por aquélla que tienes ahora en tu casa, de manera que no padeciera zozobra ninguna, engañada por la fe que en ti tenía. Especialmente, pues la cuitada toda su esperanza y favor lo tiene puesto en ti solo.

GETA.—También, señor, nosotros ha gran rato que nos estamos quejando de ti en ausencia, porque te nos fuiste.

ANTIFÓN.—A ti mismo buscaba.

GETA.—Pero no por eso hemos desmayado.

ANTIFÓN.—Dime, por tu vida. ¿En qué estado están mis cosas y fortuna? ¿Huele algo mi padre?

GETA.—Nada hasta ahora.

ANTIFÓN.—¿Me queda, pues, alguna esperanza?

GETA.—No lo sé.

ANTIFÓN.—¡Ah!

GETA.—Lo que sé es que Fedro no ha dejado de defenderse.

ANTIFÓN.—No es nuevo en él eso.

GETA.—Además, Formión en este trance, como en todos, se ha mostrado hombre de valor.

ANTIFÓN.—¿Qué ha hecho?

GETA.—Ha confundido con palabras a tu padre, que estaba muy colérico.

ANTIFÓN.—¡Oh Formión!

GETA.—Y yo también en lo que he podido.

ANTIFÓN.—¡Amigo Geta, a todos les quiero mucho!

GETA.—Los principios están en el estado que te digo: aún esta tranquila la cosa. Tu padre determina aguardar hasta que tu tío venga.

ANTIFÓN.—¿Para qué a él?

GETA.—A lo que dice, quiere hacer por su consejo lo que cumpla en este caso.

ANTIFÓN.—¡Cuán gran temor que tengo, Geta, de que mi tío vuelva con salud acá! Porque, a lo que entiendo, en una palabra suya esta mi vida o mi muerte.

GETA.—Aquí tienes a Fedro.

ANTIFÓN.—¿Qué es de él?

GETA.—Heme aquí donde sale de su escuela.

ESCENA II

FEDRO, DORIÓN, ANTIFÓN, GETA

FEDRO.—*(Saliendo de casa de DORIÓN, y sin ver a ANTIFÓN* ni a *GETA, hasta que lo indica el diálogo.)* Dorión, oye por mi amor.

DORIÓN.—No oigo.

FEDRO.—Una palabra.

DORIÓN.—Déjame ya.

FEDRO.—Oye lo que te diré.

DORIÓN.—Apesta ya el oír mil veces una misma cosa.

FEDRO.—Pues ahora te diré una que gustes de oírla.

DORIÓN.—Di, que te escucho.

FEDRO.—¿No me quieres hacer merced de aguardarte estos tres días? ¿A dónde vas ahora?

DORIÓN.—Ya yo me maravillaba que tú me dijeses nada nuevo.

ANTIFÓN.—*(A GETA)* ¡Ah; temo que el rufián ha de buscarnos algún quebradero de cabeza... que ojalá se vuelva contra él!

GETA.—Eso mismo me temo yo.

FEDRO.—¿No me das crédito?

DORIÓN.—Tú lo has dicho.

FEDRO.—Si te doy mi palabra.

DORIÓN.—¡Cuentos!

FEDRO.—Tu dirás que me diste a logro esta merced.

DORIÓN.—¡Palique!

FEDRO.—Créeme, que no te pesará de haberlo hecho. Cata, que te digo verdad.

DORIÓN.—¡Sueños!

FEDRO.—Pruébalo, pues el plazo no es largo.

DORIÓN.—¡Siempre la misma copla!

FEDRO.—Tú serás mi deudo, tú mi padre, tú mi amigo, tú...

DORIÓN.—*(Marchándose)* ¡Todo palique!

FEDRO.—¡Qué! ¿es posible que tengas una condición tan cruda, y tan cruel, que no baste lástima ni ruegos a ablandarte?

DORIÓN.—¿Es posible, Fedro, que seas tú tan inconsiderado y tan descomedido, que me pretendas engañar con tus palabras enjaezadas, de manera que pienses llevarte mi moza sin soltar dinero?

ANTIFÓN.—*(A GETA)* Me da lástima.

FEDRO.—*(Aparte)* ¡Ay, con la razón me ataja!

GETA.—*(A ANTIFÓN)* ¡Cuán bien muestra cada uno de ellos quién es!

FEDRO.—¡Y que me hubiese de suceder este trabajo a tiempo que Antifón estuviese en otros graves cuidados ocupado!

ANTIFÓN.—*(Presentándose)* ¡Hola! ¿Qué es eso, Fedro?

FEDRO.—¡Oh dichosísimo Antifón!

ANTIFÓN.—¿Yo?

FEDRO.—Pues tienes en tu casa tus amores, sin necesidad de lidiar con una calamidad como esta. *(Señalando a DORIÓN)*

ANTIFÓN.—¿Yo los tengo en casa? Mas antes entiendo que tengo, como dicen, el lobo de las orejas: porque ni sé cómo la deje *(Alude a su mujer)* ni menos cómo la conserve.

DORIÓN.—Eso mismo me pasa a mí con este. *(Señalando a FEDRO)*

ANTIFÓN.—*(A DORIÓN)* ¡Ea! No seas escasamente rufián. *(A FEDRO)* ¿Te hizo algo este?

FEDRO.—¿Este? Lo que pudiera el hombre más cruel del mundo: ha vendido a mi Pánfila.

GETA.—¿Cómo? ¿Qué la ha vendido?

ANTIFÓN.—¿De veras la ha vendido?

FEDRO.—Sí, vendido.

DORIÓN.—*(Con ironía)* ¡Qué cosa tan grave! ¡Vender una esclava, que le costó a uno su dinero!

FEDRO.—Y no puedo recabar de él que quiebre con el otro la palabra, y me espere tres días mientras cojo el dinero que me han prometido mis amigos. *(A DORIÓN)* Si para aquel día no te lo doy, no me esperes una hora más.

DORIÓN.—¡Machaca!

ANTIFÓN.—No es largo el plazo que te ruega, Dorión, otórgaselo; que este placer que tú le dieres, él te lo pagará con el doblo.

DORIÓN.—Todas esas son palabras.

ANTIFÓN.—¿Consentirás tú que Pánfila salga de esta ciudad; y podrás tú sufrir que se rompan los amores de estos mozos?

DORIÓN.—*(Afectando, en burla, un tono quejumbroso)* ¡Eso, ni yo ni tú!...

GETA.—¡Todos los dioses te den el castigo que mereces!

DORIÓN.—Ya yo te he comportado muchos meses contra mi condición, prometiéndome, y nunca trayéndome nada sino lágrimas. Ahora, por el contrario, he hallado quien me trae, y no me llora. Deja la plaza para los que más valen.

ANTIFÓN.—*(A FEDRO)* Pues en verdad, que si yo bien me acuerdo, plazo te señaló este *(Indicando a DORIÓN)* para el cual le habías de dar su dinero.

FEDRO.—Así es.

DORIÓN.—¿Lo niego yo por dicha?

ANTIFÓN.—¿Pues ya es pasado ese día?

DORIÓN.—No; pero se le ha anticipado este.

ANTIFÓN.—¿No tienes empacho de tu poca firmeza?

DORIÓN.—No, si es por ganar hacienda.

GETA.—¡Oh muladar!

FEDRO.—¿Y eso se ha de hacer, Dorión?

DORIÓN.—De esta hechura soy: si así te agrado, manda.

ANTIFÓN.—¿Así engañas a este?

DORIÓN.—Antes realmente, Antifón, este me engaña a mí. Porque este ya sabía que yo era de esta condición: y yo creí que él era muy de otra manera. Él me ha engañado a mí: yo para con él el mismo soy que he sido. Pero como quiera que ello sea, allá va la última: el soldado me dijo que mañana por la mañana me daría el dinero; si tú, Fedro, me lo traes antes, haré de las mías; que el que antes cayere con el dinero, aquel será el primero. Adiós.

ESCENA III

FEDRO, ANTIFÓN, GETA

FEDRO.—¿Qué haré? ¿Dónde hallaré ¡cuitado de mí! tan presto el dinero para este, que no tiene un real? Porque si de él se pudiera recabar que aguardara estos tres días, ya me lo habían prometido.

ANTIFÓN.—¿Por qué hemos de permitir, Geta, que este ande afligido de esta manera? ¿Especialmente, habiéndome favorecido poco ha, según tú me dijiste, tan amorosamente? ¿Por qué no probamos a gratificarle esta buena obra, ahora que lo ha menester?

GETA.—Bien veo yo que eso es cosa justa.

ANTIFÓN.—Procúralo, pues; que tú solo bastas a darle remedio.

GETA.—¿Qué quieres que yo haga?

ANTIFÓN.—Que busques ese dinero.

GETA.—Yo deseo hacerlo, pero dime dónde.

ANTIFÓN.—Aquí esta mi padre.

GETA.—Ya lo sé: ¿y qué más?

ANTIFÓN.—¡Oh!... A buen entendedor pocas palabras.

GETA.—¿Sí, eh?

ANTIFÓN.—Sí.

GETA.—¡A fe que me das buenos consejos! ¡Taday! ¿No te parece que quedaré bien librado, si de tu casamiento escapo con la cabeza sana, sin que quieras tú ahora que, por amor de este, busque en esta nueva picardía la horca?

ANTIFÓN.—*(A FEDRO)* La verdad dice este.

FEDRO.—¿Y pues? ¿Yo, Geta, soy algún extraño?

GETA.—No te tengo yo por tal. Pero, ¿no te parece que basta la culpa que a todos nos echa el viejo, sin que le enojemos más, de manera que no quede lugar de echarle rogadores?

FEDRO.—¿Y ha de ser verdad que otro se la lleve delante de mis ojos yo no sé dónde? Ea, pues, Antifón, mientras puedes y mientras me tienes presente, habla conmigo: mírame bien.

ANTIFÓN.—¿A qué fin? ¿Qué vas a hacer? Di.

FEDRO.—Determinado estoy a irme tras ella, a cualquier parte del mundo que la lleven, o morir en la demanda.

GETA.—¡Los dioses den buen suceso a lo que hicieres! Pero ve despacio.

ANTIFÓN.—Mira si le puedes dar a este algún remedio.

GETA.—¡Remedio! ¿Qué remedio?

ANTIFÓN.—Búscalo, por tú vida: porque no haga algún desconcierto de que después nos pese, Geta.

GETA.—Buscándolo estoy. *(Pausa)* Remediado lo he, si no me engaño: pero temo que de ello me ha de redundar gran mal.

ANTIFÓN.—No temas: que en el bien y en el mal iremos a una contigo.

GETA.—*(A FEDRO)* ¿Cuánto dinero es menester? Habla.

FEDRO.—Solas treinta *minas*.

GETA.—¡Treinta! Muy cara es, Fedro.

FEDRO.—*(En tono de ruego)* Para quien ella es, no es nada.

GETA.—¡Ea, ea, que yo te las habré!

FEDRO.—¡Geta hechicero!

GETA.—Quítate de aquí.

FEDRO.—Pues son menester luego.

GETA.—Luego las llevarás: pero has de darme por compañero a Formión.

ANTIFÓN.—En la mano le tenemos: ponle acuestas si cualquier carga con toda confianza, que él la llevara: solo él es amigo de su amigo.

GETA.—Vamos, pues, de presto a su casa.

ANTIFÓN.—¿Me has de necesitar a mí en algo?

GETA.—No, si no vete a casa, y consuela a aquella cuitada, la cual entiendo que debe de estar allá dentro desmayada de temor. ¿No vas?

ANTIFÓN.—No hay cosa que yo de mejor gana que esa haga. *(Se va)*

FEDRO.—¿Cómo piensas haber este dinero?

GETA.—Por el camino te lo diré: anda ya.

ACTO IV

ESCENA I

DEMIFÓN, CREMES

DEMIFÓN.—Y pues, ¿has traído, Cremes, tu hija, la que fuiste a buscar a Lemnos?

CREMES.—No.

DEMIFÓN.—¿Cómo no?

CREMES.—Como la madre vio que yo me detenía mucho aquí, y que ya la edad de la doncella no sufría mi tan gran descuido, me dijeron que ella con toda la casa había venido acá.

DEMIFÓN.—¿Pues cómo te has estado tanto allá, después que eso supiste?

CREMES.—Me ha hecho detener la enfermedad.

DEMIFÓN.—¿De qué? ¿O cuál?

CREMES.—¿Eso me preguntas? Harta enfermedad es

la vejez. Pero tengo entendido del piloto que las trajo, que arribaron con salud.

DEMIFÓN.—¿Has sabido lo que a mi hijo le ha sucedido en mi ausencia, Cremes?

CREMES.—Sí; y es un caso que me hace estar perplejo. Porque, si propongo este partido a algún extraño, por fuerza le habré de dar razón de donde y como tengo yo esta hija. Tú, ya sabía yo que me serías tan fiel como yo mismo en guardar este secreto; pero un extraño, si aceptara mi afinidad, tendría el secreto mientras durara nuestra familiaridad; pero si rompiera conmigo, sabría más de lo que yo he de necesitar. Y temo no lo venga a descubrir mi mujer por alguna vía. Si esto sucede, no me queda otro remedio, si no es sacudirme y salirme de casa. Porque de todos los míos solo yo soy mío.

DEMIFÓN.—Ya yo veo que es así; y eso es lo que me da congoja. Sin parar he de probar todos los medios posibles, hasta cumplir lo que te tengo prometido.

ESCENA II

GETA

GETA.—Yo no he visto en mi vida hombre más sagaz que Formión. Vine a su casa a decirle como teníamos necesidad de aquel dinero, y por qué vía lo habíamos de tener. Apenas le había dicho la mitad de mi plan, cuando ya me había entendido; se alegró y me alabó , deseaba toparse con el viejo, daba gracias a los dioses de que se le ofreciese ocasión en que él pudiese mostrar ser tan amigo de Fedro como de Antifón. Le dije que me esperara en la plaza, y que yo le daría allí el viejo en las manos. *(Viendo a DEMIFÓN)* Pero heme aquí. *(Viendo a CREMES)* ¿Quién es el de más allá? *(Reconociéndole)* ¡Ta, ta! El padre de Fedro es venido. Pero, asno de mí, ¿de qué me recelo?, ¿de que por uno se me ofrecen dos a quien engañe? Por mejor lo tengo aprovecharme de esperanza doble. Le pediré a este a quien determiné primero, y si él me lo da, me basta; y si de él no recabo nada, entonces la emprenderé con el recién venido.

ESCENA III

ANTIFÓN, GETA, CREMES, DEMIFÓN

ANTIFÓN.—*(Oculto durante toda la escena)* Aguardando estoy que vuelva Geta. Pero a mi tío veo con mi padre. ¡Ay de mí! ¡Cuánto temo a que parte inclinará a mi padre su venida!

GETA.—*(Aparte)* Voy a ellos. *(Adelantándose)* Bienvenido seas, Cremes.

CREMES.—Estés en hora buena, Geta.

GETA.—Mucho me alegro de verte venir bueno.

CREMES.—Así lo creo.

GETA.—¿En qué se entiende?

CREMES.—Al llegar he hallado aquí, como acaece de ordinario, muchas novedades.

GETA.—Verdad es. ¿Y de Antifón sabes lo que pasa?

CREMES.—Todo.

GETA.—*(A DEMIFÓN)* ¿Le has contado tú...? *(A CREMES)* ¡Qué indignidad, Cremes, cogernos así a traición!

DEMIFÓN.—De eso estaba tratando ahora con mi hermano.

GETA.—Pues, cierto que yo también, rumía que rumía el caso, he hallado, si no me engaño, camino por donde esto se remedie.

DEMIFÓN.—¿Qué camino, Geta, qué remedio?

GETA.—Al separarme de ti, me topé casualmente con Formión.

CREMES.—¿Quién es Formión?

GETA.—El que a esa mujer...

CREMES.—Ya.

GETA.—Me pareció bien tantear su opinión. Le tomé al hombre aparte, y le dije: «¿Por qué no procuras,

Formión, que este negocio se arregle entre ustedes por las buenas, que no con enojo? Mi amo es muy liberal y enemigo de pleitos. Porque todos sus amigos le daban por consejo, de común parecer, que echase a esa mujer por la ventana».

ANTIFÓN.—*(Aparte)* ¿Qué empresa es la de este? ¿O en qué ha de venir hoy a parar?

GETA.—«¿Piensas que la justicia le castigaría si la echase de casa? Ya eso esta bien averiguado. ¡Sí! Mucho tendrás que sudar, si con un hombre como él emprendes pleito; tanta es su elocuencia. Pero pongo por caso que le condenaran, no corre por eso riesgo su persona, sino su dinero». Cuando yo vi que el hombre se ablandaba con estas palabras, le dije: «Aquí no nos oye nadie. Dime por tu vida: ¿con qué holgarías que te untasen las manos porque mi amo se quite de pleitos, y esta mujer salga de casa y tú le dejes en paz?»

ANTIFÓN.—*(Aparte)* ¿Están bien los dioses con aquel?

GETA.—«Porque yo sé, que si tú te allegas a lo de razón, según que él es hombre de bien, no atravesarán hoy entre ustedes tres palabras».

DEMIFÓN.—¿Quién te manda a ti decir eso?

CREMES.—Antes no podía por mejor medio llegar a lo que deseamos.

ANTIFÓN.—*(Aparte)* ¡Perdido soy!

CREMES.—Pasa adelante.

GETA.—A los principios el hombre se ponía furioso.

CREMES.—Dime, ¿qué es lo que pide?

GETA.—¿Qué? mucho. Cuanto quiso.

CREMES.—Di.

GETA.—Dice, que si le dieran un buen *talento*...

CREMES.—¡Antes garrote, sí! ¡Qué poca vergüenza!

GETA.—Lo que yo le dije. «Dime, ¿qué más diera mi amo, si casara una hija única? De poco le sirvió el no tenerla, pues ha hallado quien le pida dote». Finalmente, por acortar razones, y dejar aparte sus necedades, esta fue su última resolución: «Yo, dice, desde el principio deseé

casarme con la hija de ese amigo mío *(Alude a FANIA, hija de ESTILFÓN, nombre supuesto de CREMES)*, como fuera razón, porque consideraba cuán perjudicial le era a ella, una pobre, casarse con un hombre rico para ser esclava; pero, hablándolo aquí entre los dos sin cifras, yo tenía necesidad de una mujer que me trajese algo con que pagar lo que debo. Aun ahora, si quiere Demifón darme lo que me dan con otra, que me esta prometida, más querría yo casar con Fania que con otra ninguna».

ANTIFÓN.—*(Aparte)* Ni sé si me diga que esto lo hace de puro tonto o por bellaco; o si a sabiendas o a necias.

DEMIFÓN.—¿Y si él debe las entrañas?

GETA.—«Un campo, dice, tengo empeñado» diez *minas*.

DEMIFÓN.—¡Ea, ea, cásese; que yo se las daré!

GETA.—«Unas casuchas también están en otras diez».

DEMIFÓN.—¡Uy, uy, que es mucho!

CREMES.—No des voces, pídemelas a mí esas diez.

GETA.—«Para la mujer habré de comprarla una esclavilla; además de esto son menester algunas alhajuelas de casa. También es menester hacer algún gasto en las bodas; para todo esto, dice, añade otras diez *minas*».

DEMIFÓN.—Así puedes hacerme seiscientos procesos. ¡Como yo te de un pelo!... ¿Así se ha de burlar de mí aquel bellaco?

CREMES.—Calla que yo las daré. Solamente procura tú que tu hijo se case con la que nosotros queremos.

ANTIFÓN.—*(Aparte)* ¡Ay de mí! ¡Geta, cómo me has perdido con tus embustes!

CREMES.—Pues por mí sale de casa Fania, justo es que yo lo pierda.

GETA.—«Avísame —dice— lo más presto que puedas, si me la dan, para que despida a esta otra y no este perplejo. Porque con la otra me han ofrecido darme luego el dote».

CREMES.—Recíbalo luego, y deshaga el contrato con los otros y cásese con esta.

DEMIFÓN.—¡Que mal provecho le haga!

CREMES.—A propósito me traje conmigo ahora el dinero que me rentan las granjas de mi mujer en Lemnos; de allí lo tomaré, y a mi mujer le diré que tú lo habías menester.

ESCENA IV

ANTIFÓN, GETA

ANTIFÓN.—*(Muy enojado)* ¡Geta!

GETA.—¿Qué?

ANTIFÓN.—¿Qué has hecho?

GETA.—Que les he pescado a los viejos el dinero.

ANTIFÓN.—¿Y basta eso?

GETA.—No sé en verdad; esto se me mandó.

ANTIFÓN.—¡Oh... azotado! ¿Al revés de lo que te pregunto me respondes?

GETA.—¿Pues qué dices?

ANTIFÓN.—¡Qué te tengo de decir! Por tu causa llanamente me tengo yo de echarme un dogal al cuello. Los dioses y diosas, todos, los de arriba y los de abajo

con extremados castigos te confundan. ¡Oh! A tal como este le has de encomendar lo que quisieras que se negocie bien; que él los llevará al mayor peligro, cuando más en paz estés. ¿Qué mayor daño me pudiste hacer, que tocar en la llaga y hacer mención de la mujer? Hazle dado esperanza a mi padre de poderla echar de casa. Dime, pues, ahora si Formión recibe el dote, de necesidad se habrá de llevar a su casa la mujer; ¿qué será de mí?

GETA.—No la llevará.

ANTIFÓN.—*(Con ironía)* ¡Quiá! Y cuando le pidan el dinero, antes se dejará llevar a la cárcel por nuestro respeto.

GETA.—Nada hay, Antifón, que no se pueda empeorar, contándolo mal. Tú callas lo bueno y dices lo malo. Pues óyeme ahora a mí por el contrario. Si recibiera el dinero, habrá de llevarse la mujer, como tú dices: concedido. Pero con todo eso, se le ha de dar lugar de aparejar las bodas, de convidar, de celebrar los sacrificios: entretanto, le darán a Fedro sus amigos lo que le ofrecieron, con lo cual Formión podrá devolver a esos su dinero.

ANTIFÓN.—¿Cómo? ¿Qué excusa les dará?

GETA.—¿Eso me preguntas? Mira que de excusas: «¡Después acá me han sucedido prodigios! Un perro negro de un vecino se me ha entrado por casa; una culebra ha caído del tejado por las canales de mi patio; me ha cantado como gallo una gallina; no me ha consentido casarme un adivino; un agorero me ha dicho que no emprenda negocio de nuevo antes del día más corto del invierno». Esta no tiene vuelta. Todo esto se hará así.

ANTIFÓN.—¡Con tal que él lo haga!...

GETA.—Lo hará, yo te lo juro. Tú padre sale. Ve y dile a Fedro como ya tiene el dinero.

ESCENA V

DEMIFÓN, GETA, CREMES

DEMIFÓN.—*(A CREMES)* Descuida, te digo, que yo procuraré que él no nos engañe. Y no dejaré el dinero de mi mano sin presentar testigos de como se lo doy. Y declarar allí la razón por que se lo doy.

GETA.—*(Aparte)* ¡Cuán cauto es donde no es menester!

CREMES.—Así cumple que lo hagas. Y date prisa, mientras esta caliente su afición. Porque, si le hurgan con la otra, podría ser que nos dejase en blanco.

GETA.—*(Aparte)* Muy bien has dado en la cuenta.

DEMIFÓN.—*(A GETA)* Llévame, pues, donde él esta.

GETA.—Andando.

CREMES.—Luego que hayas hecho eso, pasa por casa, y dile a mi mujer que fiable con esta moza *(Alude*

a FANIA) antes que de aquí se nos vaya, y le diga como la hemos casado con Formión, porque no se queje de nosotros. Y que más le vale casarse con aquel, que le es más conocido; y que nosotros ya hemos hecho con ella lo que debíamos; y le hemos dado todo el dote que ha pedido.

DEMIFÓN.—*(Indignado)* ¡Peste...! ¿Y a ti qué te importa...?

CREMES.—Mucho, Demifón.

DEMIFÓN.—¿No basta que tú hagas tu deber, sino que por fuerza lo ha de aprobar la fama?

CREMES.—Deseo que esto también se haga con la voluntad de Fania, porque no diga después que la echamos a la calle.

DEMIFÓN.—Pues eso yo mismo puedo hacerlo.

CREMES.—Mejor se avendrán mujer con mujer.

DEMIFÓN.—Corriente. *(Se va con GETA)*

CREMES.—Pensando estoy donde las podré yo hallar ahora. *(Alude a su hija FANIA y a su segunda mujer, que han venido de Lemnos).*

ACTO V

ESCENA I

SOFRONA, CREMES

SOFRONA.—*(Sin ver a CREMES)* ¿Qué haré? ¿Qué valedor me buscaré, pobre de mí? ¿O a quién daré parte de esta boda? ¿O a quién pediré favor? Porque no querría que mi señora por haber oído mi consejo recibiese algún agravio, según que me dicen que el padre del mancebo toma fuertemente este negocio.

CREMES.—*(Aparte)* ¿Qué vieja es esta que ha salido tan alterada de casa de mi hermano?

SOFRONA.—*(Sin verle)* Porque la miseria me forzó a hacerlo así; que aunque bien sabía yo que no era válido este casamiento, se lo aconsejé porque entretanto asegurase nuestra subsistencia.

CREMES.—*(Aparte)* Realmente, que si mi pensamiento no me engaña, o si no soy corto de vista, que es esta que veo el ama de mi hija.

SOFRONA.—*(Sin verle)* Y no puedo rastrear al que...

CREMES.—*(Aparte)* ¿Qué haré?

SOFRONA.—*(Sin verle)* ...es su padre.

CREMES.—*(Aparte)* ¿Iré, o me estaré quedo hasta conocerla mejor por lo que diga?

SOFRONA.—*(Sin verle)* Porque si yo hallarle pudiera, no tenía que temer.

CREMES.—*(Aparte)* Ella misma es: hablarle quiero.

SOFRONA.—¿Quién habla aquí?...

CREMES.—*(Llamándola)* ¿Sofrona?

SOFRONA.—¿Y me llama por mi nombre?

CREMES.—Mírame, aquí.

SOFRONA.—¡Oh soberanos dioses, valedme! ¿Es este Estilfón?

CREMES.—No.

SOFRONA.—¿Y dices que no?

CREMES.—Apártate un poco de esa puerta, Sofrona, por mi amor. Y de aquí adelante no me llames más por ese nombre.

SOFRONA.—¡Cómo! ¿Qué, no eres tú el que siempre nos dijiste que eras?

CREMES.—¡Chito!

SOFRONA.—¿De qué te recelas de estas puertas?

CREMES.—Tengo aquí encerrada una mujer terrible. Y en lo que a este nombre toca, engañados entonces, porque ustedes acaso indiscretamente no me descubrieren, y viniese por alguna vía a saberlo mi mujer.

SOFRONA.—¡Así que no hemos podido hallarte aquí por ese nombre, cuitadas de nosotras!

CREMES.—Pero dime ¡Por tu vida! ¿Qué trato tienes tú con esta casa de donde sales? ¿Dónde están tus amas?

SOFRONA.—¡Ay, triste de mí!

CREMES.—¡Oh! ¿qué es eso? ¿viven?

SOFRONA.—Tu hija viva es: más su pobre madre ha muerto de pena.

CREMES.—¡Oh desgracia!

SOFRONA.—Y yo como me vi vieja, desamparada, pobre y en tierra ajena, casé la doncella como pude, con un mancebo que es señor de esta casa.

CREMES.—¿Con Antifón?

SOFRONA.—¡Sí! Con ese mismo.

CREMES.—¡Pues cómo es eso! ¿Dos mujeres tiene?

SOFRONA.—¡No por tu vida; no más de esta sola!

CREMES.—¿Y aquella otra que dicen que es su parienta?

SOFRONA.—Pues esta es.

CREMES.—¿Qué me dices?

SOFRONA.—Sobre concierto se hizo ya de manera, que él, enamorado, pudiera casarse con ella sin dote.

CREMES.—*(Aparte)* ¡Oh soberanos dioses! ¡Qué de veces suceden al acaso cosas que nadie se atrevería a desear! He aquí, que viniendo he hallado a mi hija colocada con quien yo quería, y como quería. Y lo que mi hermano y yo juntos procurábamos hacer con tanta diligencia, esta lo ha hecho sin ningún cuidado nuestro, solo con el suyo.

SOFRONA.—Ahora mira lo que conviene hacer. El padre del mancebo ha venido, y dicen que toma muy a mal este casamiento.

CREMES.—No hay peligro ninguno. Pero por los dioses y los hombres te ruego, que procures que no entienda nadie que esta es hija mía.

SOFRONA.—De mí nadie lo sabrá.

CREMES.—Vente conmigo; que lo demás allá dentro vas a oírlo.

ESCENA II

DEMIFÓN, GETA

DEMIFÓN.—Nosotros mismos nos tenemos la culpa, de que a algunos le sea útil ser malos, por querer nosotros ser demasiado reputados por buenos y generosos. *No tanto correr, que dejes atrás tu casa*, suelen decir. ¿No bastaba haber sufrido el agravio? ¿También hemos de meterle nuestro dinero en el bolsillo, para que tenga qué comer mientras urde otra bellaquería?

GETA.—*(Adulándole)* Claro, claro.

DEMIFÓN.—Hoy día el premio es para el malo.

GETA.—Verdad, verdad.

DEMIFÓN.—¡Qué necios hemos sido en hacer su negocio!

GETA.—¡Con tal que por este medio podamos conseguir que se case con Fania!...

DEMIFÓN.—¿Y aún tenemos duda de eso?

GETA.—¡Qué sé yo, según él es, si mudara de propósito!

DEMIFÓN.—¡Qué! ¿mudará?

GETA.—No lo sé; pero lo digo, por si acaso.

DEMIFÓN.—Tomaré el consejo de mi hermano, y haré que venga acá su mujer, para que hable con esta. Tú, Geta, ve delante, y di como ya va Nausistrata.

GETA.—*(Aparte)* Ya tenemos el dinero para Fedro: de las riñas no se habla. Ya hemos procurado como esta moza por ahora no se vaya de aquí. Y pues, ahora, ¿qué sucederá? ¿Qué? En el mismo lodo pisas, Geta, ya la pagarás. El daño presente se ha aplazado para otro día: los azotes crecen, si no miras por ti. Me voy ya a casa: avisaré a Fania, que no tema a Formión ni lo que va a decirla Nausistrata.

ESCENA III

DEMIFÓN, NAUSISTRATA, CREMES

DEMIFÓN.—Hazme la merced, Nausistrata, como sueles, de procurar que esta mujer se conforme con nuestra voluntad, y haga de buen grado lo que, si no, ha de hacer forzosamente.

NAUSISTRATA.—Sí haré.

DEMIFÓN.—Y así como antes me ayudaste con tu hacienda, me ayudes también ahora con tu industria.

NAUSISTRATA.—Lo deseo, cierto: aunque no puedo tanto en buena fe, como debería, por culpa de mi marido.

DEMIFÓN.—¿Cómo así?

NAUSISTRATA.—Porque conserva mal la hacienda que mi padre ganó bien; pues de aquellas granjas de ordinario sacaba mi padre dos *talentos*. ¡Mira que va de hombre a hombre!

DEMIFÓN.—¿Dos? ¡Por tu vida!

NAUSISTRATA.—Y aun con ir las cosas a harto más bajo precio, con todo eso, dos *talentos*.

DEMIFÓN.—¡Hola!

NAUSISTRATA.—¿Qué te parece de esto?

DEMIFÓN.—¡Ya, ya!

NAUSISTRATA.—Hombre quisiera yo ser; que yo mostrara…

DEMIFÓN.—Bien lo creo.

NAUSISTRATA.—...de qué manera...

DEMIFÓN.—No grites, por tu vida, porque tengas fuerzas para hablar con la mujer; que, como es moza, podría ser que te canse.

NAUSISTRATA.—Lo haré como mandas. Pero a mi marido veo salir de tu casa

CREMES.—*(Sin ver a su mujer)* ¡Ah, Demifón! ¿Ya le has dado el dinero?

DEMIFÓN.—¡A tocateja!

CREMES.—No quisiera que se lo hubieras dado *(Viendo a NAUSISTRATA)* ¡Uy, mi mujer! casi dije más de lo que fuera menester.

DEMIFÓN.—¿Por qué no quisieras, Cremes?

CREMES.—*(Eludiendo la contestación)* ¡Bien esta!

DEMIFÓN.—¿Y tú? ¿Has hablado ya con esa mujer sobre lo que viene acá la tuya?

CREMES.—Ya lo he tratado con ella.

DEMIFÓN.—¿Y pues?, ¿qué dice?

CREMES.—No hay quien la persuada.

DEMIFÓN.—¿Cómo no?

CREMES.—Porque él y ella son una sola entraña.

DEMIFÓN.—¿Y eso a nosotros qué...?

CREMES.—Mucho. Además, he sabido que es parienta nuestra.

DEMIFÓN.—¡Qué dices!, ¿desvarías?

CREMES.—Ello es, como yo te digo. No, hablo sin causa. Refresca conmigo tu memoria.

DEMIFÓN.—¿Estás en tu seso?

NAUSISTRATA.—*(A DEMIFÓN)* ¡Mira, por tu vida, no hagas algún yerro contra tu parienta!

DEMIFÓN.—¡Que no es mi parienta!

CREMES.—No lo niegues. Te ocultaron el verdadero nombre de su padre, y por ahí la erraste.

DEMIFÓN.—¿Y pues?, ¿no conocía ella a su padre?

CREMES.—Si le conocía.

DEMIFÓN.—¿Pues por qué le llamó por otro nombre?

CREMES.—¿No me acabarás hoy de creer, ni de entenderme?

DEMIFÓN.—¡Si tú no dices nada!

CREMES.—*(Molestado porque DEMIFÓN le pone a punto de tener que descubrir el secreto delante de NAUSISTRATA)* ¿Aún prosigues?...

NAUSISTRATA.—*(Aparte)* Pasmada estoy. ¿Que será esto?

DEMIFÓN.—Realmente que yo no entiendo lo que es.

CREMES.—¿Quieres entenderlo? ¡Pues así Júpiter me salve, como ella no tiene otro pariente más cercano que a mí y a ti!

DEMIFÓN.—¡Válgame la fe de los dioses! Vamos donde ella: yo quiero, que así juntos como estamos, sepamos si es o no es...

CREMES.—*(En tono de censura)* ¡Ah!

DEMIFÓN.—¿Qué es eso?

CREMES.—¿Tan poco crédito tengo yo contigo?

DEMIFÓN.—¿Quieres que lo de por creído? ¿quieres que me tenga por bien informado? ¡Corriente! ¿Y pues?, ¿de la hija de aquel amigo nuestro, qué haremos?

CREMES.—Descuida.

DEMIFÓN.—¿Conque la despedimos?

CREMES.—¿Por qué no?

DEMIFÓN.—¿Y queda acá esta otra?

CREMES.—Sí.

DEMIFÓN.—Pues bien puedes volverte, Nausistrata.

NAUSISTRATA.—A mi ver, más conviene eso para todos, que ella quede, que no lo que habías intentado. Porque me pareció muy ahidalgada cuando la vi. *(Se va)*

DEMIFÓN.—¿Qué negocio es este?

CREMES.— (*Receloso de que pueda oírle NAUSISTRATA*) ¿Ha cerrado ya la puerta?

DEMIFÓN.—Sí.

CREMES.—¡Oh Júpiter! ¡Los dioses son con nosotros! ¡Mi hija he hallado casada con tu hijo!

DEMIFÓN.—¡Cómo!, ¿es posible?

CREMES.—No es este lugar seguro para contártelo.

DEMIFÓN.—Pues entra allá. *(Indicando su casa)*

CREMES.—¡Hola! Mira que no quiero que lo sepan esto, ni aun nuestros propios hijos. *(Entran en casa de DEMIFÓN)*

ESCENA IV

ANTIFÓN

ANTIFÓN.—Me alivio, como quiera que mis cosas sucedan, de que mi primo haya salido con su intento. ¡Qué bueno es desear aquello que, aunque a uno le sea contraria la fortuna, se pueda remediar a poca costa! Mi primo con hallar el dinero esta fuera de cuidado; yo, en manera alguna puedo dar con el remedio por donde sacuda estos enojos, de suerte que si este casamiento se encubre no este con temor, y si se descubre con vergüenza. Ni ahora volviera yo a casa, si no tuviera esperanza de poder quedar con mi Fania. ¿Pero dónde podría yo ahora hallar a Geta, para que me diga que ocasión le parece que espere para verme con mi padre?

ESCENA V

FORMIÓN, ANTIFÓN

FORMIÓN.—*(Sin ver a ANTIFÓN)* Recibí el dinero y se lo entregué a Dorión; me traje la mujer; procuré que Fedro gozase de ella como de propia, porque la hicimos libre. Ahora solo me falta una cosa, sacudirme de los viejos para que me dejen comer y beber a mis anchas; porque tomaré de huelga unos días.

ANTIFÓN.—Formión es. ¿Qué dices?

FORMIÓN.—¿Sobre qué?

ANTIFÓN.—¿Qué piensa hacer ahora Fedro? ¿Cómo hace cuenta de satisfacer al deseo de sus amores?

FORMIÓN.—Va a hacer lo mismo que tú.

ANTIFÓN.—¿Qué...?

FORMIÓN.—Huir de la presencia de su padre. Y así me envía a robarte que hagas ahora tú por él, como él hizo

por ti, y que le defiendas en su ausencia. Porque quiere comer en mi casa. Yo les diré a los viejos que me voy a la feria de Sunnio, a comprar la esclavilla que antes les dijo Geta, porque no piensen, en no viéndome aquí, que les hundo su dinero. Pero la puerta de tu casa ha sonado.

ANTIFÓN.—Mira quién sale.

FORMIÓN.—Geta es.

ESCENA VI

GETA, FORMIÓN, ANTIFÓN

GETA.— *(Sin verlos)* ¡Oh Fortuna! ¡Oh dicha! ¡Qué de bienes, y cuán presto, le habrás acarreado con nuestro favor a mi señor Antifón el día de hoy!

ANTIFÓN.—*(A DEMIFÓN)* ¿Qué traerá aquél?

GETA.—*(Continuando el apóstrofe)* ¡Y a los que le queremos bien nos habrás librado de temor! —Pero, ¿por qué me detengo en echarme esta capa al hombro y procurar buscar a ese hombre de presto, *(Alude a ANTIFÓN)* para hacerle saber todo lo que pasa?

ANTIFÓN.—*(A FORMIÓN)* ¿Tú entiendes lo que aquél dice?

FORMIÓN.—¿Y tú?

ANTIFÓN.—Nada.

FORMIÓN.—Yo otro tanto.

GETA.—Me iré a casa del rufián; que allí deben de estar ahora. *(Echa a andar a toda prisa)*

ANTIFÓN.—*(Llamándole)* ¡Hola, Geta!

GETA.—¡Cataos aquí! ¡Qué ordinaria cosa es que no falte quien le llame a uno, cuando va corriendo a alguna parte! *(Sigue adelante)*

ANTIFÓN.—¡Geta!

GETA.—*(Sin ver a su amo)* ¿Aún prosigues? Pues no has de poder más que yo con tu porfía. **(Sigue corriendo)**

ANTIFÓN.—*(Tras él)* ¿No paras?

GETA.—Azotado seas.

ANTIFÓN.—¡Eso te harán a ti luego, si no te paras, bribón!

GETA.—Muy amigo mío debe de ser este que así me amenaza. *(Volviéndose)* Pero, ¿es por dicha el propio que busco o no es él? Él es.

FORMIÓN.—Llégate acá de presto.

ANTIFIÓN.—¿Qué hay?

GETA.—¡Oh Antifón! Que eres el hombre más afortunado de cuantos son hoy en el mundo. Porque sin duda ninguna a ti solo te quieren bien los dioses.

ANTIFÓN.—¡Ojalá! Mas para creer que eso es así, yo querría que me dijeras...

GETA.—¿No te tendrás por contento, si te dejo todo embutido de placer?

ANTIFÓN.—¡Que me matas!

FORMIÓN.—Déjate de promesas y dinos que nuevas nos traes.

GETA.—¡Oh! ¿Y tú también estabas aquí, Formión?

FORMIÓN.—Estaba. Pero, ¿qué te detienes...?

GETA.—*(A ANTIFÓN)* ¡Escucha pues! Así como te dimos el dinero poco ha en la plaza, nos fuimos derecho a casa. En esto, el viejo me envío a que hablara con tu mujer.

ANTIFÓN.—¿Sobre qué?

GETA.—No quiero decírtelo, Antifón, porque no hace al caso. Así como iba a entrar en el cuarto de las mujeres, vino corriendo para mí el criado Midas; se echó por detrás mano de la capa, que casi me hizo caer de espaldas; vuelvo, y le dije que por qué me detenía. Me dijo, que estaba prohibido ahora entrar a hablar con mi señora. Porque Sofrona, dice, ha hecho venir aquí a Cremes, el hermano del viejo, y ahora esta allá dentro con ellas. Así como le oí esto, comencé a escurrirme. Me acerqué, muy a mi paso y secreto hacia la puerta, estuve quedo, detuve el aliento, arrimé el oído y comencé a escuchar de esta manera, por si les podía coger alguna palabra...

ANTIFÓN.—¡Oh Geta!

GETA.—Y oí allí una cosa maravillosa, tanto, que no sé como me detuve, que no di voces de gozo.

ANTIFÓN.—¿Qué...?

GETA.—¿Qué dirás?

ANTIFÓN.—No sé.

GETA.—La mejor del mundo; que se ha hallado que tu tío es padre de Fania, tu mujer.

ANTIFÓN.—¡Cómo! ¡qué me dices!

GETA.—En tiempos pasados tuvo trato de secreto en Lemnos con la madre de Fania.

FORMIÓN.—¡Quimeras! ¿No conociera ella a su padre?

GETA.—Créete, Formión, que alguna causa debe de haber. Pero, ¿piensas que podía yo entender desde fuera de la puerta todo lo que ellos entre sí trataban allá dentro?

ANTIFÓN.—Yo también, en verdad, he oído ese cuento.

GETA.—Pues decirte he una cosa, por donde más fácilmente me des crédito. En esto, salió de allá dentro acá fuera tu tío; y al cabo de poco con tu padre se tornó a entrar dentro: y dicen ambos a dos que te dan licencia para que te cases con ella. Finalmente, me han enviado a mí, para que te busque y te lleve allá.

ANTIFÓN.—Pues llévame en un vuelo. ¿Por qué te detienes?

GETA.—Andando.

ANTIFÓN.—Amigo Formión, adiós.

FORMIÓN.—Adiós, Antifón. Así los dioses bien me quieran como me huelgo de lo sucedido.

ESCENA VII

FORMIÓN, *solo*

FORMIÓN.—¡Y que sea verdad que tan repentinamente les haya sucedido a estos tanta ventura! Ahora tengo yo muy buena ocasión para burlarme de los viejos, y quitar a Fedro el cuidado de buscar el dinero, porque no haya de ir a rogar a ninguno de sus amigos. Porque este dinero, así como lo soltaron a regañadientes, ha de quedar para él, aunque les pese. Y ya he hallado manera para obligarlos a ello, aunque no quieran. Ahora he menester yo apercibirme de un rostro y semblante nuevo. Pero entrare en este callejón, y me haré el encontradizo cuando salgan fuera. Ya no finjo que voy a la feria.

ESCENA VIII

DEMIFÓN, FORMIÓN, CREMES

DEMIFÓN.—Con razón doy muchas gracias a los dioses y se lo tengo en gran merced, hermano mío, pues nos ha salido tan bien este negocio. Lo que ahora hemos de hacer es buscar luego a Formión y pedirle nuestras treinta *minas*, antes que acabe con ellas.

FORMIÓN.—*(Fingiendo que no los ve)* A ver voy si esta en casa. Demifón, para que lo que...

DEMIFÓN.—Pues nosotros íbamos a buscarte, Formión.

FORMIÓN.—¿Sobre este mismo negocio por ventura?

DEMIFÓN.—Sí, en verdad.

FORMIÓN.—Figurémelo. ¿Y a qué fin me iban a buscar? ¡Qué ridiculez! ¿Temían que me había de retirar de la palabra que una vez ya les había dado? Miren,

señores, que aunque soy un pobre hombre, con todo eso, siempre hasta aquí he procurado mantener mi crédito.

DEMIFÓN.—*(A CREMES)* ¿No es tan ahidalgado como te dije?

CREMES.—Y mucho, cierto.

FORMIÓN.—Y así vengo a decirte, Demifón, como ya yo estoy aparejado, para recibir la mujer cuando quisieras dármela. Porque todas mis conveniencias he dejado, como era razón, por entender que ustedes tan de veras querían este casamiento.

DEMIFÓN.—El caso es que este *(Señalando a CREMES)* me ha aconsejado que no te la diese. ¿Cuál no será, me dice, el clamor de la ciudad, si tal hiciere? Todos te dirán: «Cuando pudiste dársela con su honra, no se la diste, y ahora, viuda, la echas de casa, ¡qué vergüenza!» Finalmente, me ha dicho lo mismo que tú antes me habías dicho quejándote.

FORMIÓN.—Con harta soberbia te burlas de mí.

DEMIFÓN.—¿En qué?

FORMIÓN.—¿Eso me preguntas? En que ya tampoco podré casarme con la otra. Porque ¿con qué cara tornaré a pedir la mujer que tuve en poco?

CREMES.—*(Bajo a DEMIFÓN)* Dile también: «Además de esto veo que Antifón se aparta de ella contra su voluntad».

DEMIFÓN.—Además de esto veo que mi hijo Antifón la deja muy contra su voluntad. Así, ve por tu vida a la plaza y devuélveme aquella partida de dinero, Formión.

FORMIÓN.—¿Cuál dinero? Ya yo lo libré a mis acreedores.

DEMIFÓN.—¿Pues qué haremos?

FORMIÓN.—Si me quieres dar la mujer que me ofreciste, yo me casaré con ella: y si quieres que ella se quede en tu casa, el dote, Demifón, ha de quedar en mi poder. Porque no es justo que yo quede burlado por ustedes, pues yo por cubrir su honra despedí la otra, que me traía el mismo dote.

DEMIFÓN.—¡Vete a la horca con tu fanfarronería, ladrón! ¿Piensas que no sabemos aquí quién eres tú y cómo vives?

FORMIÓN.—¡No me quemes!

DEMIFÓN.—¿Tú te casaras con ella, si te la dieran?

FORMIÓN.—Pruébalo.

DEMIFÓN.—Nuestra pretensión fue esa, para que mi hijo viviese con ella en tu casa.

FORMIÓN.—¿Cómo es eso que dices?

DEMIFÓN.—Acaba ya, devuélveme mi dinero.

FORMIÓN.—Antes dame tú mi mujer.

DEMIFÓN.—Acude a la justicia.

FORMIÓN.—¿A la justicia? ¡Pues a buena fe, que si sigues molestándome!...

DEMIFÓN.—¿Qué harás?

FORMIÓN.—¿Qué... yo? ¿Piensan por ventura ustedes que yo defiendo solamente a las que no tienen dote? Pues también me precio de sacar la cara por las que lo tienen.

CREMES.—¿Y eso, a nosotros, qué...?

FORMIÓN.—Nada. Conocía yo aquí cierta mujer... cuyo marido...

CREMES.—¡Ah!

DEMIFÓN.—¿Qué es eso?

FORMIÓN.—...tuvo en Lemnos otra mujer...

CREMES.—Perdido soy.

FORMIÓN.—...y de ella ha habido una hija, y la cría de secreto

CREMES.—¡Muerto soy!

FORMIÓN.—Todo esto se lo tengo yo de ir a contar a ella.

CREMES.—Por tu vida, que no lo hagas.

FORMIÓN.—¡Oh! ¿eras tú aquél?

DEMIFÓN.—¡Cómo se esta burlando de nosotros!

CREMES.—Por libre te damos.

FORMIÓN.—¡Coplas!

CREMES.—¿Qué más quieres? Del dinero que tienes te hacemos gracia.

FORMIÓN.—Ya lo oigo. Pues, ¿por qué ¡mala peste...! Se están burlando de mí como necios con nuestros pareceres de niños? Ahora quiero, ya no quiero; toma, daca; lo hecho, deshecho; lo que ya estaba tratado, ya no es nada.

CREMES.—*(A DEMIFÓN)* ¿Cómo, o de quién ha tenido este noticia?...

DEMIFÓN.—No sé: lo que yo de cierto sé es que yo no se lo he dicho a nadie.

CREMES.—¡Así los dioses me amen como parece cosa de prodigio!

FORMIÓN.—*(Aparte)* Congoja les he dado.

DEMIFÓN.—*(Aparte a CREMES)* ¡Cómo! ¿Y ha de ser verdad que este se nos ha de llevar tanto dinero, y se ha de ir así tan a la clara burlando de nosotros? Más vale morir realmente. Procura tener un corazón varonil y firme. Ya tú ves como tu yerro es público y que ya no lo puedes encubrir a tu mujer. Pues lo que ella por otro ha de saber, Cremes, mejor es que nosotros se lo digamos. Después podremos vengarnos de este bellaco a nuestra voluntad.

FORMIÓN.—*(Bajo)* ¡Tate! ¡Perdido soy, si no miro por mí! Estos, con ánimo de gente desesperada, quieren embestir conmigo.

CREMES.—Temo que no la podremos apaciguar.

DEMIFÓN.—¡Valor, Cremes; que yo le pondré en paz, confiado de que ya es muerta aquella de quien tuviste la hija!

FORMIÓN.—¿Así confabularan contra mí? Con harta astucia me acometen. No has mirado mucho por el bien de este, Demifón, en enojarme. *(A CREMES)* ¿Te parece bien eso? ¿Después de haber hecho tú por tierras extrañas lo que te ha parecido, y no haber tenido vergüenza de hacer una afrenta tan grande a una mujer tan principal, piensas tú ahora venir a lavar con lágrimas tu yerro? Con estas razones yo la encenderé tanto en ira contra ti, que no la bastes a aplacar, aunque todo te derritas en lágrimas.

DEMIFÓN.—¡Maldito sea semejante bribón de todos los dioses y de todas las diosas! ¿Qué es posible que haya hombre de tanto atrevimiento? ¿No sería justo que a un monstruo como este le echasen por vindicta pública a un destierro?

CREMES.—A punto he venido, que no sé que me haga con él.

DEMIFÓN.—Yo sí. Vamos a juicio.

FORMIÓN.—¿A juicio? *(Indicando la casa de CREMES y NAUSISTRATA)* Aquí, si algo quieres.

DEMIFÓN.—Sujétalo y tenlo, mientras hago que salgan mis criados.

CREMES.—No puedo a solas, ayúdame.

FORMIÓN.—*(A DEMIFÓN)* Una injuria me debes.

CREMES.—Pues pídela por justicia.

FORMIÓN.—Y tú otra, Cremes.

DEMIFÓN.—*(A un siervo que acude)* Arrebátale a este.

FORMIÓN.—¿Así va? Menester es realmente dar voces. *(Gritando)* ¡Nausistrata!... ¡Nausistrata…! Sal aquí.

CREMES.—Tápale la boca.

DEMIFÓN.—El sucio, mira que fuerza tiene.

FORMIÓN.—¡Hola! ¡Nausistrataaaa...!

CREMES.—¿No callarás?

FORMIÓN.—¿Qué callar?

DEMIFÓN.—Si no te sigue, métele los puños en las tripas.

FORMIÓN.—Aunque me saltes un ojo; que yo tengo bien donde vengarme de ustedes.

ESCENA IX

NAUSISTRATA, DEMIFÓN, FORMIÓN, CREMES

NAUSISTRATA.—¿Quién me llama?

CREMES.—¡Ah!

NAUSISTRATA.—¿Qué brega es esa, por tu vida, marido?

FORMIÓN.—*(A CREMES)* ¡Ea! ¿De qué te has ahora pasmado?

NAUSISTRATA.—*(A CREMES)* ¿Qué hombre es este? *(Pausa)* ¿No me respondes?

FORMIÓN.—¿Qué te ha de responder este, que no sabe realmente donde se esta?

CREMES.—Mira, a este no le creas nada.

FORMIÓN.—Llega y tócale: y si no estuviere hecho un hielo, mátame.

CREMES.—Esto no es nada.

NAUSISTRATA.—¿Y pues?, ¿qué es lo que este hombre dice?

FORMIÓN.—Yo te lo contaré: óyeme.

CREMES.—¿Y aún le crees?

NAUSISTRATA.—¿Qué le he de creer, por tu vida, pues aún no me ha dicho nada?

FORMIÓN.—Desvaría el cuitado de puro miedo.

NAUSISTRATA.—En buena fe que no es sin misterio el tener tú tanto miedo.

CREMES.—¿Yo miedo?

FORMIÓN.—Esta bien: pues tú no tienes miedo y lo que yo digo no es nada, cuéntaselo tú.

DEMIFÓN.—¿Y a ti te lo ha de contar, bribón?

FORMIÓN.—*(Con ironía)* ¡Oh! ¡Qué bien le has valido a tu hermano!

NAUSISTRATA.—Marido, ¿no me dices nada?

CREMES.—Pero...

NAUSISTRATA.—¿Qué pero?

CREMES.—No cumple que se diga.

FORMIÓN.—A ti no: pero a ella le cumple que se sepa. En Lemnos...

CREMES.—¡Ah! ¿Qué dices?

DEMIFÓN.—¿No callarás?

FORMIÓN.—...sin saberlo tú...

CREMES.—¡Ay de mí!

FORMIÓN.—...se casó.

NAUSISTRATA.—¡Marido! ¡los dioses nos den mejor suceso!

FORMIÓN.—Ello pasa así

NAUSISTRATA.—¡Ay, triste y desventurada de mí!

FORMIÓN.—Y de allí ha habido una hija ya, mientras tú te estas durmiendo.

CREMES.—*(A DEMIFÓN.)* ¿Qué hacemos?

NAUSISTRATA.—¡Oh soberanos dioses; que indignidad, que infamia!

FORMIÓN.—Esto es lo que ha hecho.

NAUSISTRATA.—¿Hace hecho jamás tan grande sinrazón? Y cuando vienen a sus mujeres, entonces hacen muy del viejo. Demifón, contigo quiero hablar: porque con este me apesta el tratar. ¿Estas eran aquellas idas tan a menudo a Lemnos, y aquel detenerse tanto allá? ¿Esta era aquella tan grande baja, que tanto disminuía nuestras rentas?

DEMIFÓN.—Yo, Nausistrata, no digo que este no tiene culpa en este caso; pero que es culpa digna de perdón...

FORMIÓN.—¡La defensa de un muerto!

DEMIFÓN.—Porque ni él lo hizo por menospreciarte a ti, ni por no tenerte amor. Sino que habrá quince años que, caliente del vino, hubo aquella mujercilla, cuya hija es esta: y después acá nunca más tuvo trato con ella. Y a ella es muerta; ya no esta de por medio, que era el azar que podía haber en esto. Por lo cual te suplico que tengas en esto paciencia, como la sueles tener en todo lo demás.

NAUSISTRATA.—¿Yo paciencia? ¡Querría, triste de mí, acabar en esto la vida! Porque, ¿qué hay ya más que aguardar? ¿He de pensar que ya por los años se enmendará? Ya entonces era viejo, si la vejez basta a hacer a los hombres vergonzosos. ¿Son por dicha, Demifón, mis años y mi rostro para enamorar ahora más que entonces? ¿Qué esperanza me darás tú, para que yo confíe que será mejor de lo que ha sido?

FORMIÓN.—Los que tienen obligación de ir al cabo de año de Cremes, ya es tiempo. ¡Yo les pondré de duelo! ¡Ea, ea!; venga quien quiera a tener pendencias con Formión; que yo les dejaré tendido con tal desgracia, como la que acabó con este. Ahora, que haga las paces

con su mujer; que ya yo quedo bien satisfecho: ya esta tiene con que romperle los oídos para mientras él viva.

NAUSISTRATA.—*(Con amarga ironía)* Es por dicha por merecimientos míos. ¿Qué es menester, Demifón, que yo te diga ahora aquí en particular lo que yo he hecho por este?

DEMIFÓN.—También lo sé todo eso, como tú.

NAUSISTRATA.—¿Te parece, pues, que lo tenía yo merecido?

DEMIFÓN.—No, por cierto. Pero pues lo pasado, por más que le riñas, no puede ya dejar de ser pasado, perdónale: él te lo ruega, confiesa su culpa, y te da la satisfacción ¿Qué más quieres?

FORMIÓN.—*(Aparte)* Realmente que antes que esta le perdone, conviene que yo mire por mí, y también por Fedro. *(Alto)* Oye, Nausistrata: antes de responderle a este palabra inadvertidamente.

NAUSISTRATA.—¿Qué quieres?

FORMIÓN.—Yo le he pescado treinta *minas* con engaño y se las he dado a tu hijo, y él las ha dado a un rufián por su amiga.

CREMES.—¡Cómo! ¿Qué dices?

NAUSISTRATA.—¿Tan fuerte cosa te parece a ti que tu hijo, siendo mancebo, tenga una amiga, teniendo tú dos mujeres? ¿No te avergüenzas? ¿Con qué cara osarás reprenderle? Responde.

DEMIFÓN.—Él hará todo lo que tú quisieres.

NAUSISTRATA.—*(A DEMIFÓN)* Pues, porque sepas mi determinación, ni yo le perdono ni le prometo nada, ni le respondo, basta verme con mi hijo. Todo lo dejo yo a su parecer; yo haré todo lo que él mande.

FORMIÓN.—Mujer de seso eres, Nausistrata.

NAUSISTRATA.—*(A CREMES)* ¿Estás satisfecho con esto?

CREMES.—Sí, y aun voy muy bien librado; y mejor que yo pensaba.

NAUSISTRATA.—*(A FORMIÓN)* Dime, ¿cómo te llamas?

FORMIÓN.—¿Yo? Formión, amigo familiar de su casa y muy particular de tu hijo Fedro.

NAUSISTRATA.—Formión, te juro que, de hoy más, haré y diré por ti cuanto quisieras.

FORMIÓN.—Eres muy bondadosa.

NAUSISTRATA.—Todo lo mereces tú.

FORMIÓN.—¿Quieres, pues, hacer hoy una cosa, Nausistrata, con que yo me alegre y de que a tu marido le duelan los ojos?

NAUSISTRATA.—Lo deseo.

FORMIÓN.—Pues convídame a cenar.

NAUSISTRATA.—Sí que te convido.

DEMIFÓN.—Entremos ya.

CREMES.—Sea. Pero, ¿dónde esta Fedro, que ha de ser nuestro juez?

FORMIÓN.—Yo le haré venir aquí ahora mismo. *(A los espectadores)* ¡Quedad en hora buena, y aplaudid!

FIN DE LA COMEDIA

“FORMIÓN.—¡Y que sea verdad que tan repentinamente les haya sucedido a estos tanta ventura! Ahora tengo yo muy buena ocasión para burlarme de los viejos, y quitar a Fedro el cuidado de buscar el dinero, porque no haya de ir a rogar a ninguno de sus amigos.

Colección
Lima Lee

